

Reflexión sobre la salud pública, la desigualdad, La Habana y las estructuras*

Padre Francisco José de Roux¹

¹ Comisión de la Verdad

Muy buenos días a todos y a todas. Quisiera empezar por agradecerle a José Pablo por la invitación, muchas gracias por ese homenaje que realmente recibo muy emocionado. No me esperaba eso, me cogieron por sorpresa.

Me siento muy honrado de estar aquí en la Universidad de Antioquia, particularmente en esta Facultad de Salud Pública, por la historia que tiene, porque conocí personalmente a Héctor Abad Gómez, fue cuando yo estaba de director del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) en días muy duros para Colombia; fue pocos meses antes de que lo asesinaran. Yo siento profundamente aquí la presencia, el espíritu de Héctor, y creo que es el que nos ha convocado en este congreso.

Quisiera empezar por hacer una pequeña reflexión sobre los siguientes tres puntos: la salud pública, la desigualdad, La Habana y las estructuras. Yo no soy un especialista en Salud Pública, lejos de eso, soy un ignorante en el tema, pero hay algo que me toca muy profundamente de esto que ustedes están trabajando. Pienso que la Salud Pública tiene su origen en las discusiones que se llevaron a cabo en el siglo XIX, es cierto que había históricamente temas de salud pública antes, pero esta se vuelve una disciplina en el siglo XIX; además, aquí hay un elemento ético muy serio que hace surgir esta realidad disciplinaria. Hasta entonces los comportamientos éticos, o si ustedes quieren, los debates éticos y a partir de ahí unos valores morales, estaban circunscritos a las estructuras existentes. Un médico procuraba ser buen médico entre las configuraciones sociales y políticas donde vivía; un padre, como Pedro Claver, por ejemplo, que se consideraba a sí mismo esclavo de los esclavos, sencillamente trató de trabajar con la mayor dignidad posible con las personas que recibía, pero a ellos no se les ocurría plantearse el problema de las estructuras. En el siglo XIX las ciencias sociales dan un giro a las cosas para así comprender; las estructuras están lejos de ser

una voluntad de Dios o una cosa querida por fuerzas espirituales, que no podemos controlar y que determinan lo que pasa por el mundo. Las estructuras las hacemos los hombres y las mujeres, nosotros somos responsables de ellas y mantenerlas o cambiarlas es una cosa que nos atañe.

Es en ese contexto donde aparece la salud pública y donde comienza a pensarse si la gente tiene agua potable, si las endemias y las enfermedades empiezan a regarse por el mundo, si no hay comida para todos, si la calidad de vida de muchos es peor; eso es responsabilidad de nosotros y, por ejemplo, un médico no puede quedarse tranquilo, es decir, una persona que esté en el campo de la salud o a quien le importe la vida, no puede quedarse tranquilo diciendo simplemente: «Yo estoy ejerciendo mi profesión al interior de las estructuras vigentes.». Así aparecen cosas desde el siglo XIX, desde el campo de la salud, que comienzan a golpear las estructuras; obvio, aparece un hombre como Héctor Abad Gómez que en la Universidad de Antioquia plantea los problemas estructurales, dando origen a la Escuela de Salud Pública y, posteriormente, a la Facultad de Salud Pública.

La Carta de Ottawa ustedes la conocen muy bien y aquí la han citado, carta que inmediatamente dice: «El primer problema de la salud es la paz.», y por eso estamos nosotros en este congreso.

Uno pudiera alargarse en problemas estructurales del país, pero yo quiero referirme a uno, que me parece importante traerlo a colación, antes de adentrarme en estos asuntos más hondos en que el congreso ha estado. Me impresionó la referencia de algunas cosas discutidas el día anterior, la hondura que logran ustedes, la reflexión sobre el dolor, el sufrimiento y sus dimensiones políticas, sobre la compasión convertida en una tarea política; realmente es muy hondo lo que se está

* Ponencia en el 10 Congreso Internacional de Salud Pública – Medellín, Universidad de Antioquia (FNSP), octubre 18 de 2017

haciendo aquí, pero me quiero referir un momento a la desigualdad, porque estoy convencido que esto nos toca a nosotros en primer plano y que quien esté en salud pública hoy en día en Colombia, tiene que poner esto definitivamente como una de las grandes tareas. Dorling, un cientista, que en realidad ha trabajado más historia y antropología que economía, presentó un libro muy significativo en The London School of Economics and Political Science hace unos tres meses; este se llama Las ventajas de la igualdad, pero, ¿qué es lo que dice el libro?, es una cosa muy elemental, los pueblos que son más iguales, es decir, donde las diferencias entre los que tienen menos y los que tienen más son menos, son pueblos que tienen muchísima más salud, mucho más seguros, son más creativos, son pueblos donde se vive con mucha más alegría, donde las garantías están mucho más establecidas y la paz más profunda, pero lo hace con una cantidad de evidencias empíricas en los últimos cien años que, en realidad, lo dejan a uno convencido de las grandes ventajas de la igualdad. Dice, además, otra cosa que es muy profunda, en los pueblos que son más iguales, fíjense que no estoy hablando de la pobreza sino de la igualdad, porque el problema de Colombia no es de pobreza, el problema de Colombia se sitúa en las grandes diferencias en oportunidades y posibilidades de tener una vida plena que hay al interior del país, Dorling dice que en los pueblos que son más iguales, la gente que gana más, que tiene mejores condiciones, más recursos, por ejemplo Dinamarca, Holanda, Suecia o Noruega, consideran que la gente que tiene menos recursos son seres humanos iguales a ellos; además, están todo el tiempo atentos a cuidar que también todas esas personas tengan las garantías para una vida con dignidad. En los pueblos que son muy desiguales ocurre todo lo contrario, la gente que está en el tope, se considera mucho más arriba y está mucho más arriba, no considera como seres humanos a los que están abajo, y es sencillamente porque les resultaría insoportable saber que tienen que compartir la ciudad con otros que son iguales a ellos, pero que están condenados a vivir sin salida en las situaciones más inhumanas y tremendas. Además, dice otra cosa, en los pueblos que son más iguales, se va sintiendo más que la igualdad, entre todos debe ser tan normal como la igualdad de género, conquistada justamente por las luchas sociales después de siglo XIX; el voto para la mujer y todas estas cosas que conocemos, eso es lo normal.

En cambio, en los pueblos que son desiguales, lo normal es que vivamos estas fracturas tan profundas, que haya políticos que insistan en que esa desigualdad es lo normal porque es lo que hace crecer la economía. El caso de Colombia ustedes saben que es particularmente fuerte, si estudiamos el coeficiente de Gini, Colombia se ha mantenido en un puesto tremendo, el 0.51, uno de los

países más desiguales del mundo, el único que Piketty puso en el libro de El Capital en el siglo XXI; el único de América Latina es Colombia, por su extraordinaria desigualdad no ha podido moverse del 0.51, incluso, ha empeorado en los últimos años un poco, mientras que, por ejemplo, en toda América Latina el coeficiente de Gini bajó puntos, en Ecuador bajó 9 puntos, en El Salvador y Perú bajó 10 puntos. En América Latina la diferencia entre el 10% más pobre de la población y el 10% más rico es de 1 a 16, es decir, los que están en el 10% más rico, tienen 16 veces más, en El Salvador y Ecuador es 10 veces más hoy en día, pero en Colombia es 26 veces más lo que tiene el grupo más rico con respecto a lo que tiene el grupo más pobre. Esto simplemente para decir que aquí hay un problema profundo y quiero justamente entrar en este asunto estructural en La Habana, porque yo tuve la oportunidad de estar allí nueve veces, desde el momento en que estaban empezando las conversaciones hasta el final mismo; justamente me acuerdo cuando se aprobó la Justicia Especial para la Paz (JEP) en La Habana. ¿Con qué quiero llamar la atención?, las discusiones en La Habana, una vez que tomó carrera el proceso de conversaciones, se centraron en problemas estructurales; las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) siempre ponían sobre la mesa este tipo de cuestiones, con la convicción de legitimar la lucha que ellos habían sostenido durante cincuenta años; exigían que problemas estructurales muy profundos del país se resolvieran y, efectivamente, ellos ponían en un primer plano la necesidad de una reforma agraria radical, una distribución masiva de los ingresos y las riquezas, la corrupción del país y, en consecuencia, la transformación de la política, la transformación de la justicia a causa de la impunidad generalizada (el país tiene 97% de impunidad en criminalidad penal), la urgencia de que no se podía hacer paz si el país no hacía una nueva constitución; además decían: «No nos levantamos de la mesa, no podemos firmar sino después de que haya una nueva constitución porque este país hay que transformarlo desde el fondo.». Por supuesto, ese tipo de planteamientos traídos por las FARC dificultaban el avance de las conversaciones, obviamente diez hombres de las FARC y diez hombres del Gobierno no daban ninguna legitimidad para hacer esas transformaciones.

Las conversaciones se prolongaban en unos esfuerzos en que la gente del Gobierno trataba de colocar lo que fuese posible dentro de las instituciones vigentes, porque ellos no podían cambiar, también trataban de colocar las exigencias que la sociedad colombiana le hacía a las FARC después de sufrimientos enormes producidos por la guerrilla, de manera que los avances eran muy pocos en la mesa y otras pocas cosas se iban poniendo en el documento final que, eventualmente, se iba a aceptar el día que se firmara todo, es decir, la mayor parte de

las discusiones se iban al refrigerador porque no tenían solución, de suerte que al final tuvimos un documento que fue el que quedó en el plebiscito de 280 páginas, ¡grandísimo!. En el refrigerador había más de mil páginas y la pregunta de todos era: ¿Cuándo le vamos a entrar a las cosas que quedaron en el refrigerador y que las FARC ha dicho que mientras eso no se solucione no podemos hacer paz en el país? Así estaban las cosas después de dos años de conversaciones, hasta que llegaron las víctimas. Yo participé en la selección de las víctimas que fueron a La Habana, las acompañé junto con el rector de la Universidad Nacional, con el representante residente de Naciones Unidas y con monseñor Luis Augusto Castro.

¿Qué es lo que hacen las víctimas?, es lo que yo quisiera en este momento invitarles a ustedes a reflexionar. Las víctimas de entrada le van a decir a los que están en la discusión, ustedes tienen toda la razón, aquí hay unos problemas estructurales nunca resueltos que son gravísimos en Colombia. Somos uno de los países más desiguales del mundo, somos uno de los países más corruptos del mundo, somos uno de los países donde el rompimiento al campesinado ha sido uno de los más profundos, donde se da la destrucción al medio ambiente, siendo un territorio extraordinario para el planeta como nos lo planteaba aquí el papa Francisco, una singularidad en el mundo; por eso atañe a nosotros una responsabilidad inmensa por cuidar un territorio que es el segundo en el mundo en ecosistemas — segundo porque Brasil es nueve veces más grandes que nosotros —, y somos unos de los grandes destructores medioambientales con nuestra minería y con nuestra coca. Eso se plantea y las víctimas le dicen a los que están en La Habana: «Ustedes tienen toda la razón, aquí hay unos problemas estructurales inmensos, pero, aunque eso es cierto, el problema estructural más grande no es ese». Hay un problema todavía más profundo, hay un problema que parecería que no hemos tenido el coraje de encararlo, el problema somos nosotros mismos, los colombianos, la forma como nos hemos odiado, la forma como nos hemos herido, la forma como nos hemos roto los unos contra los otros. Somos nosotros el problema primero, mirémoslo con coraje en esta mesa y resolvamos a ver si somos capaces con el problema de nosotros. No nos podemos seguir matando, no podemos seguir activando las rabias y las decisiones de acabar unos con otros en un país que tenemos que construir juntos.

Quiero llamar la atención porque las víctimas hacen esto en La Habana de una manera testimonial, no llegaron a dar un discurso. Era un grupo de víctimas como ustedes recuerdan, de las tres partes, víctimas de los paramilitares, víctimas de la guerrilla y víctimas del Estado colombiano. Eso fue impresionante porque nosotros no preparamos nada, impresionante porque

incluso la gente llegaba desconfiada; las víctimas de los paramilitares habían sido golpeadas en pueblos que los paramilitares consideraban que eran aliados de la guerrilla, y las víctimas de la guerrilla eran gente golpeada porque los guerrilleros pensaban que eran aliados de los paramilitares. Toda esta gente llegó a La Habana con temores de unos con otros; sin embargo, en el momento en el que les tocó hablar fue sorprendente lo que se dio; todos ellos y ellas — había más mujeres que hombres. La mujer ha sufrido mucho más el golpe aquí de la violencia —, comenzaron por presentar primero la forma como somos nosotros los colombianos, capaces de destruirnos, rompernos y agredirnos los unos a los otros. Para recordar unos breves casos, la señora de El Nogal, que cuenta cómo pusieron la bomba y mataron a su hijo que estaba con la novia en el segundo piso; además, al otro hijo que iba llegando en ese momento, porque lo habían invitado a tomar un café con ellos, lo dejaron parapléjico, ella dice: «¿Qué me quedó a mí de vida?, soy una mujer viuda. Ustedes acabaron con lo que habíamos tratado de hacer como familia.»; o la señora Turbay que cuenta cómo las FARC la tuvo secuestrada durante cinco años; cuando se la llevaron tenía un hijo de dos años y otro de cinco, no le permitieron saber nada de ellos, imaginen lo que es eso para una mamá durante los cinco años del encierro; o las mujeres de El Salado, no El Salado de aquí donde yo vivo, de la Operación Orión, sino El Salado de Córdoba, que cuentan cómo los reunieron en el centro del pueblo, a las mujeres, a las niñas y a los niños pequeños del pueblo; pusieron en la mitad a los hombres mayores y a los adolescentes que tenían más de quince años, delante de las mujeres, con machete fueron degollando a sus esposos y a sus hijos; o la muchacha de Planadas que nos cuenta que estaba embarazada, esperaba un niño, llegaron los hombres de La Móvil 8 del ejército a su casa, la trataron de puta y de cómplice de los guerrilleros, le exigieron que hablara, pero como ella callaba la golpearon, el soldado la estrujó y la golpeó repetidas veces contra la pared; ella nos contó en La Habana que a las seis horas del suplicio dijo lo siguiente: «Déjenme salir a orinar.», entonces la sacaron al andén y en ese momento se le vino la hemorragia y luego el bebé; el hombre que la sacó le abre el vestido y pone al perro a que se coma toda la sangre que se le vino a la mujer.

Eso es la guerra, es reventar a las personas, humillarlas y, además, hacer eso público porque se trata de causar terror. Ahí estaban las víctimas diciendo «Mire lo que nosotros hemos hecho con el ser humano en Colombia desde todos los lados.», por supuesto, también está la indígena que nos contó cómo cuando su niña de dieciséis años salía con el novio de una fiesta en Tacueyó, en el Cauca, les echaron bala, las mamás vinieron a reconocer a los hijos, a pedir que les dejaran hacer el funeral,

pero el ejército no las dejó; al día siguiente salen los dos muchachos en el periódico de Cali vestidos de guerrilleros con un letrero que decía: «Terroristas dados de baja en combate.». Eso lo presentan ahí en La Habana, eso estaban haciendo las víctimas: «Mire, este es el problema estructural, resuelvan esto primero.»; era el grito que habían pegado en Barrancabermeja en una reunión que habíamos hecho en el año 2010, la gente en todas partes gritaba «¡Paren esa guerra!, ¡párenla de todos lados!, ¡párenla ya!»; ahora, lo interesante es que esas mismas víctimas, después de esos planteamientos tan fuertes, desde el dolor mismo en que están, quizás porque han comprendido, ese es el misterio de la víctima, hasta dónde somos capaces, ¿qué somos los seres humanos?, ¿hasta dónde somos capaces de agredirnos y desbaratarnos?, esas mismas víctimas comenzaron a decir: «Pero los colombianos no somos solamente eso, los colombianos también somos capaces de salir desde allí con una fuerza nueva. Somos capaces de mirarnos a los ojos, somos capaces de reconstruirnos, somos capaces de reconciliarnos, somos capaces incluso de perdonarnos.». Qué bueno que en Antioquia se comprendiera esto. Créanme, yo me he andado toda Colombia y quiero decirles a los antioqueños que están aquí presentes, Antioquia es el principal obstáculo a la paz del país; es una minoría en Antioquia la que defiende la paz. En Colombia no habrá paz si Antioquia no quiere y no entiende estas cosas; en cambio, habrá paz si Antioquia se mete en la paz, si entiende esto y si se juega por la paz.

Allá había un buen grupo de antioqueñas y antioqueños víctimas en La Habana. ¿Qué hacen las víctimas?, las víctimas empiezan a decirlo con ejemplos vivos; la mujer indígena que les acabo de contar, coge un candelabro que tenía en frente y va y se lo pone sobre la mesa al general Mora que estaba allí presente y le dice: «General, nosotras no vinimos aquí a continuar esta noche, reciba esta vela encendida y venga vamos juntos a construir la luz en este país.»; el que había estado en doce cárceles de alambre y había contado cómo fue su situación en la prisión en la que estuvo, la que le tuvo las FARC, termina diciendo: «Yo no vine aquí a pedir que a ustedes los sometan al sufrimiento que ustedes me dieron, yo lo que vengo a pedir es que nunca más, por ningún motivo, vuelvan a secuestrar a nadie en Colombia.»; y Leider, el hombre de Bojayá, cuenta cómo fueron las cosas en el pueblo, primero cuando llegó el ejército y, posteriormente, dejó el pueblo en manos de los paramilitares; después entró la guerrilla y el pueblo se volvió un campo de batalla, las mujeres gritaron que todo el mundo se metiera a la iglesia y las FARC tiró las bombas, noventa y dos víctimas de un golpe, y este señor después de contar la historia se queda mirando a Iván Márquez y le dice: «Ustedes son responsables de lo

que pasó en mi pueblo, ustedes tienen que pagar por eso. Esto no se queda así.», después se voltea en dirección al general Naranjo y el general Mora y les dice lo mismo: «Ustedes tienen que pagar por esto, ustedes también son responsables.», finalmente les habla a los dos y les dice: «¿Saben cómo van a pagar?, ustedes no se levantan de esta mesa hasta que lleguen a un acuerdo de que se terminó la guerra en Colombia.». Ese fue el mensaje de las víctimas, mensaje que produjo en La Habana una transformación completa. A partir de ese momento de las víctimas que fue tan duro y que se extendió por tres meses, porque fueron un conjunto de grupos de víctimas que fuimos llevando, La Habana cambió y ya no se hablaba de los problemas estructurales que estaban en el refrigerador, sino que se empezó a hablar del problema humano; lo primero que se hizo fue llamar a la Comisión de Mujeres, mujeres del Gobierno y mujeres de las FARC, para que volvieran a leer completamente los acuerdos y así le dieran el tinte de sensibilidad profunda y femenina al conjunto de lo que estaba ahí escrito, de manera que se creó la Comisión de la Verdad y la Comisión de Búsqueda de Desaparecidos. La gente primero, así que se llamó a la Cruz Roja Internacional para enfrentar ese problema de sesenta mil desaparecidos; se comenzó a pensar que había que crear una circunscripción especial para que los sectores más adoloridos pudieran tener representaciones en el Congreso de Colombia, fue en ese contexto que se elaboró la JEP y la Justicia Restaurativa, donde no solamente usted tuviera que ser restringido en su libertad, sino que se restaurara como ser humano y restaurara a las comunidades que destruyó como parte de la pena que tiene que enfrentar, esto para resarcirle a la sociedad las cosas que hizo, restaurarnos primero como seres humanos. Fue por eso que después se pudo ver a los mil doscientos hombres de la policía bajando con hombres de las FARC que venían a dejar las armas en las veredas transitorias, los hombres de la policía cuidando a los que habían sido sus grandes enemigos, o si ustedes estuvieron en lo que se llamó el Mecanismo con las Naciones Unidas, en las carpas uno se sorprendía porque todavía no habían dejado las armas y estaban durmiendo en la misma carpa; el hombre de las FARC armado, el hombre del ejército armado y el hombre de Naciones Unidas; le hacía pensar a uno en lo que fue el profeta Isaías, cuando se ponen juntos el cordero y el león y están tranquilo, fue una cosa extraordinaria.

¿Qué había pasado en La Habana?, ¿qué fue lo que ocurrió?, se dio finalmente, después de las víctimas, un proceso de reconciliación; las personas que estaban allí comenzaron a hacer cambios muy profundos entre ellos, es evidente la transformación que ha habido en hombres como Pablo Catatumbo, Pastor Alape, Iván Márquez, esos hombres son otros ahora; también cambió la gente y muy profundamente la gente del Gobierno,

la transformación de Humberto De La Calle para comprender el sufrimiento de este país fue profundísima, la transformación del general Naranjo, el general Flórez o el general Mora era evidente; habían entrado en un proceso de reconciliación que solamente se da porque uno comienza a creerle a los otros, cuando uno comienza a ponerse en los zapatos del otro y a pensar que no está tratando de engañarme, sino que está tratando de presentarme una razón muy justa por la cual él se está comportando como lo ha hecho; entonces sí es posible entrar en la reconciliación que siempre es un *quid pro quo*, algo por algo, nosotros esto no lo podemos hacer si no lo hacemos juntos, pero para hacerlo juntos, de todos los lados tenemos que ceder y tenemos que cambiar.

Entonces vino la reconciliación, ustedes pueden participar en política pero dejan las armas, ustedes no tienen que ir a la cárcel, pero tienen que decir la verdad en los procesos, ustedes pueden ser aceptados dentro de las instituciones pero reparan a las víctimas. Del otro lado entra el Gobierno, no se puede hacer una reforma agraria radical, eso no es posible, pero hagamos una reforma integral rural y solucionemos el problema de la coca; así se establece lo que fue la reconciliación que tuvo lugar en La Habana.

Ahora el problema es que, a pesar reconciliación en La Habana, nuestra sociedad sigue irreconciliable y aquí en Antioquia sí que siente uno eso, sobre todo los que venimos hablando en distintos escenarios y conocemos las distintas reacciones en este pueblo tan querido. Esto lo sabemos verdad, es decir, este es un tema que en muchos ambientes de Antioquia y de Colombia es muy difícil plantearlo, porque inmediatamente saltan las animadversiones más hondas; las familias se rompen porque hay puntos de vista distintos sobre la violencia, las empresas familiares se acaban, los amigos dejan de ser amigos justamente por los puntos de vista de los hombres que fueron a La Habana, los de las FARC y del Gobierno; la situación es muy dura entre nosotros, tanto que lo normal es que las mamás o las abuelas digan en las familias: «Por favor, aquí no se habla de eso para que podamos vivir tranquilos en esta familia.». Es aquí donde yo quisiera, en este escenario de salud pública, que comprendiéramos lo que a mi juicio es la base de este problema.

Ustedes estuvieron conversando ayer sobre el dolor y el sufrimiento, y tienen toda la razón, ¿por qué?, porque nosotros estamos viviendo —por eso somos irreconciliables—, un problema muy profundo de trauma social y cultural, todos ustedes y yo que les estoy hablando participamos de eso. El trauma social y cultural es una totalidad que engloba un territorio, una nación y nos afecta; no nos hagamos ilusiones de que cualquiera de nosotros puede considerarse libre, porque

esto nos toca en la sensibilidad, en el mundo simbólico, en el cuerpo mismo y en todas partes; el trauma social y cultural efectivamente empieza por el dolor y en esto ustedes tienen toda la razón de haberlo tocado, hemos sufrido inmensamente, tenemos dolores espantosos; lo que ha vivido la Comuna 13 en estos días, recordando los quince años de la Operación Orión y dolores de todos los lados, es decir, de los que tienen una concepción de las cosas y de los otros, aquí nadie quedó por fuera de lo que nos ha pasado; si unimos masacres, secuestros, desapariciones, falsos positivos, minas antipersonas, extorsiones, el dolor fue por todas partes y profundísimo, de una fuerza descomunal; el trauma necesita eso, que haya habido un dolor espantoso. Este es un dolor muy viejo porque no viene solamente de los últimos cincuenta años, sino que tiene trescientas mil muertes en la llamada época de la violencia, y si nos echamos más para atrás tiene ciento cincuenta mil muertes en la guerra de los mil días, en nuestros abuelos, eso quedó todo allí y se acumuló como si hubiese habido una inmensa fosa común nunca resuelta. Eso lo cargamos todos nosotros y ha existido un dolor espantoso, pero ese todavía no es el trauma ni es el sufrimiento. Qué bueno que lo captemos como se ha conversado aquí, pero todavía ese no es el problema; cuando aparece el problema, el trauma social, las interpretaciones de lo que nos pasó, las interpretaciones posicionadas, por supuesto por quienes tienen poder de incidir en el espacio de lo público, en el estado de la opinión e imponen esas interpretaciones y es normal, la sociedad como un todo necesita explicar qué fue lo que pasó, esta bestialidad que hemos vivido cómo la comprendemos, cómo le damos sentido; comienzan a elaborarse formas de interpretar lo que nos ha pasado, pero esas formas de interpretación no solamente tienen la pasión del dolor y del sufrimiento, sino que tienen intereses económicos porque han sido pisados, pero también porque uno está pensando en el futuro, ¿qué va a ser de mis hijos, de esta región y del resto del país en adelante?, ¿cómo lo programamos?, además, tiene intereses políticos porque inmediatamente grita: ¿esto cómo lo gobernamos?; es una crisis tan profunda que lo primero que pone sobre la mesa es una crisis de gobernanza, ¿cómo salimos de esto?, entonces aparecen interpretaciones comprensivas del sentido o del control del sentido, de una sociedad que se impone en una sociedad, y lo hace porque tiene capacidad de convencer, de movilizar, permiten que la gente entienda claro, esto fue lo que nos pasó, esto fue lo que ocurrió y nosotros tenemos varias interpretaciones así; hay por lo menos dos muy fuertes que se están confrontando, los que están de acuerdo en que lo que ocurrió en La Habana fue algo magnífico para el país, que es el comienzo de un nuevo futuro que nos debe llevar, llenar de esperanza y a partir de allí poder construir y enfrentar los problemas

estructurales que nunca enfrentamos, como un camino hacia la alegría; y los que están convencidos que lo que pasó en La Habana fue una barbaridad, que negociamos las instituciones con los terroristas y que nos vamos a la destrucción del Estado, que si esto no tiene quien lo salve, Colombia está definitivamente perdida.

Ahí tienen las dos confrontaciones sobre esto que evidentemente está en nosotros. Pero no crean que ocurre solamente en Colombia, vayan a Alemania, hoy día se da todo un esfuerzo que han puesto los grupos nazis para convencer a Alemania de que el holocausto fue mentira, que eso nunca pasó y que lo que estaba haciendo Hitler era para tratar de proteger a la nación; y vayan a China, lo que se está haciendo o se hizo para convencer a su gente de que la famosa masacre de Nanjing, cuando los japoneses mataron a trescientas mil personas en esa ciudad a machete, eso lo hizo fue el capitalismo en contra de Mao Tse-Tung, que eso lo hizo Chiang Kai-shek en una versión que, mientras estuvo Mao manejando China, dominó el pensamiento; en fin, podría enfatizar en muchos casos en los que ustedes pueden ver estas concepciones tan completas, dan una interpretación absoluta de todo lo que pasó y terminan por tranquilizar a la gente, pero tienen un problema muy serio y es que son absolutamente excluyentes, cada una de las partes en Colombia, cada una de las interpretaciones que hay excluye completamente a la otra, de tal suerte que si ustedes quieren que el país se arregle, tiene que sumarse a una de las dos, lo cual destruye entre nosotros el tejido social, lo destruye aquí en Antioquia, lo destruye en Colombia, por todas partes, porque nos hace imposible construir y reconocernos en un nosotros común, colectivo y nos confronta inmensamente.

Observen ustedes, el trauma social y cultural, es distinto al trauma psicológico, es decir, ese trauma que trata el psicólogo con la persona que tiene en clínica, por ejemplo, la niña que ha sido violada por su papá y vive el trauma cada vez que le vienen las imágenes de lo que pasó; tiene que negarlas intensamente porque quiere a su papá, pero vive la angustia espantosa de aceptar o no esa realidad, así que se traumatiza, entonces el psicólogo tiene que ayudarlo a dejar pasar esas imágenes en celeridad y recuperarse emocionalmente. Sin embargo, en nuestro caso hay elementos culturales de toda la nación que nos van a afectar a todos a través de dimensiones simbólicas y, por supuesto, hay intereses y elementos sociales que nos cogen por todas partes, por eso el trauma se vive de una forma tan dura. Para que nos entendamos, les propongo dos ejemplos, yo tengo una buena relación con Rafael Nieto, él piensa muy distinto a mí y es uno de los candidatos uribistas. Suelo decirle a Rafael que él es la derecha inteligente y, con Rodrigo Uprimny, que piensa lo contrario a lo que piensa

Rafael, hemos estado en conversaciones públicas los tres. Cuando habla Rafael y presenta su interpretación de lo que pasó, recogiendo todo, el dolor, el sufrimiento, las instituciones, lo de La Habana, la situación en la que estamos en el país, el debate sobre la JEP, es una presentación contundente, fortísima; Rodrigo lo escucha y al terminar le dice y se lo muestra: «Usted deja de lado muchos dolores, mucha indignación, muchos elementos jurídicos que no ha planteado, muchas preguntas a las instituciones que usted no se ha hecho.», entonces levanta su interpretación que también es comprensiva, fuerte y muy convincente; pero cuando termina de hablar Rodrigo, Rafael le dice «Momento, pero es que usted ha dejado de lado muchas penas que aquí no se dijeron, ha dejado de lado muchos elementos institucionales que no puedo permitir que haga».

Ahí tienen ustedes el trauma, son personas muy sólidas desde el punto de vista jurídico en el caso y han estado en estas cosas de derechos humanos hace mucho rato. Para mí, por ejemplo, el punto más álgido donde se presenta el trauma, es una elaboración del dolor, del sufrimiento a través de una interpretación que, además, monta elementos e intereses políticos y económicos, es obvio porque se trata de ver lo que hacemos con este país. Fíjense en la posición básica de Álvaro Uribe, muy importante tenerla en cuenta porque si no, no entendemos; desde el primer gobierno de Álvaro Uribe, me acuerdo que estábamos en el Magdalena Medio, tratando de acoger los recursos de la Unión Europea y pusimos lo que para nosotros era obvio, estábamos tratando de construir paz en medio del conflicto. Desde el inicio, esto lo discutí varias veces con Álvaro Uribe, su posición no ha cambiado, «En Colombia nunca hubo un conflicto armado interno, nunca ha habido eso, lo que ha habido es una sociedad víctima, con instituciones legítimas en un pueblo con suficiente democracia, atacado por unos bandidos narcoterroristas con los cuales no se negocia, con ellos se hace un proceso de sometimiento a la justicia. Lo más que puede hacer una vez dictada la sentencia, sesenta años de cárcel, usted puede por generosidad, disminuirles los años de cárcel, pero no negociar nada.»; la posición de los que fueron a La Habana fue completamente otra, «Aquí hay un conflicto armado interno, originado por problemas estructurales nunca resueltos que, por supuesto, la inmensa mayoría de los colombianos estamos convencidos de que fue un error haber tomado las armas porque eso no se resuelve por ir a una guerra.».

Pero los hombres que tomaron las armas iban convencidos de que no tenían otro camino, porque de otra manera no les daban entrada en la política; además, casos como el genocidio de la Unión Patriótica los convenció de que tenían razón, «Aquí no hay de otra que

coger las armas. Este Estado es ilegítimo y está contra el pueblo. Vamos a tomar el poder por las armas.». Dos posiciones completamente distintas, la primera dice: «Aquí nunca hubo conflicto armado interno, no se puede negociar, — este es un punto importante para entenderlo —, es una traición a la patria porque es permitirse discutir con los bandidos sobre las instituciones.»; y los otros que dicen: «No señor, queremos la patria, queremos lograr que los que se metieron en la guerra reconozcan la legitimidad de la patria que hemos hecho los colombianos, pero para eso tenemos que entrar en una negociación porque aquí hubo razones para que ese tipo de comportamientos se dieran entre colombianos.». Esto lo traigo porque todo lo que se hizo en La Habana tiene un pecado original para una de las posiciones y, todo lo que se haga, que tenga que ver con La Habana, todo, sin excepción, tiene un pecado original. Allí se negoció lo que nunca se podía haber negociado porque, «Con los bandidos uno no se sienta a negociar.», pero del otro lado están los que dicen: «Allí había que negociar, era absolutamente necesario, hay que mejorarla, pero esto era absolutamente indispensable.». Por eso es tan difícil la reconciliación y por eso quisiera invitarlos en este congreso a que pensemos, a que tratemos de ponernos por encima del trauma y comprendamos que este país lo construimos entre todos, sabiendo que existen esas posiciones. Esa es la situación, tenemos que ser muy realistas. Créanme porque estas posiciones no son simplemente un capricho, ni son simplemente una campaña política, no, debajo de eso hay mucho dolor, sufrimiento, indignación y preocupaciones económicas y políticas. Qué tal si fuésemos capaces de ponernos por encima de eso para tratar de ver cómo encontramos una salida entre todos.

Para finalizar, me voy a referir a los posibles caminos para avanzar en esta dirección. Creo que un primer camino en el que podemos florecer es el camino de trascender la situación tan embrollada en la que estamos viviendo y ponernos en una posición espiritual porque la crisis colombiana es lo que las víctimas lograron plantear en La Habana, justamente antes de ser una crisis de desigualdad, de impunidad, de corrupción, es una crisis espiritual muy grande. Nosotros, seres humanos, nos hemos roto en Colombia. No es una crisis religiosa, no es si usted es cristiano, católico, de la nueva era o budista, no, es una crisis espiritual y por eso nos hemos destruido como seres humanos, sabiendo que tenemos las mismas herencias culturales y tradiciones religiosas; sin embargo, nos seguimos rompiendo de esta manera. Los hermanos montaron una obra de arte en la que salen a escena portando marcos de madera, se trataron de disfrazar como los rostros de los muertos y se pusieron detrás del marco; después de gritar su dolor salen para decir: «Vamos a construir este país de una

forma distinta, los invitamos a todos.», y montan en Barrancabermeja, desde el dolor, una obra de esperanza que es realmente muy impactante. El arte nos ayuda muchísimo porque nos pone más allá del atrapamiento en el que estamos y, por supuesto, la comunión con la tierra de este país, con los paisajes, las montañas, los ríos que tenemos que proteger, etc. El Papa Francisco en su paso por aquí, entendía perfectamente el trauma por el que nosotros estábamos, por eso usó un lenguaje metapolítico y nos llamó a una cultura del encuentro. Por todas partes se estaba presionando para que eso fuese posible, no dejó de hablar de la paz y su primer discurso en Bogotá delante de las autoridades de toda clase, fue el siguiente: «Sigan adelante, han alcanzado mucho en el último año, va a ser difícil pero no tengan miedo.»; sus últimas palabras en Cartagena, después de hablar de Pedro Claver, el esclavo de los esclavos, dijo esta última frase: «Colombia no tenga miedo, la paz está adelante, todos ustedes colombianos y colombianas, esclavos de la paz.», siempre comprendiendo lo duro que es este proceso e invitándonos en esa dirección. También hizo una cosa que fue muy interesante, estaba haciendo discursos en distintos lugares y puso en obra lo que estaba diciendo a los obispos: «Coloquen su mano sobre la carne ensangrentada y adolorida del pueblo colombiano.», lo dijo con esas palabras y luego se fue a Villavicencio, ¿a qué?, a encontrarse con las víctimas de todos lados, las víctimas de los paramilitares, del ejército, de la guerrilla, etc. Francamente creo que lo único que nos puede sacar a nosotros del trauma, porque nos ayuda a colocarnos en otra posición, así como ustedes decían ayer, de cómo la compasión salta inmediatamente a un lugar metapolítico, es realmente encontrarnos con los dolores de todos los lados, eso realmente sí nos cambia y eso es lo que se ha reproducido en Colombia con los actos de reconciliación que han ido pasando. No sé si alguno de ustedes estuvo también en Bojayá, pero fue muy impresionante cuando Pastor Alape llegó a decir: «Nosotros hicimos esto, ojalá que algún día ustedes nos perdonen.». En Cali, en la iglesia de San Francisco, yo también acompañé a los familiares de los once miembros de la asamblea; les hablaron con toda fuerza haciendo respetar el valor humano de sus papás y de sus esposos asesinados, ‘asesinos’, les dijeron a los de las FARC de todas las formas, luego las FARC reconocieron, con Pablo Catatumbo, «Nosotros los teníamos en nuestras manos y somos responsables. Nosotros pedimos perdón a la sociedad de Cali y pedimos perdón a ustedes las familias.»; lo mismo en el Club El Nogal, hemos tenido ya varias reuniones, ustedes recuerdan ciento noventa y dos víctimas y treinta muertos, pero allí también han llegado a encuentros muy significativos y la gente le ha dicho todo a los de las FARC, ahí también entró el secretariado de las FARC para decir: «Nosotros somos responsables

como secretariado, pedimos perdón y aceptamos la obligación, no solamente de reparación moral, sino de reparación material como lo disponga la JEP». Pero todas estas son cosas que solo pasan cuando uno se pone en contacto con las víctimas y entonces comprende que el problema de nosotros es un problema mucho más complejo, que hay que resolverlo definitivamente, hay que ponerlo por encima de la economía y de la política con una extraordinaria determinación.

Yo creo que las víctimas allí sí que comprenden lo que significa el lenguaje de la dignidad porque este es el lío entre nosotros, si de algo hemos dado prueba ante el mundo los colombianos, créanme, es de un país que renunció a su propia dignidad, es una cosa muy dura. Nosotros vimos pasar por la televisión mil novecientas setenta y cinco masacres; además, esta y otras están muy bien descritas en el libro titulado ¡Basta ya! del grupo de memoria histórica de la Universidad Nacional; sesenta mil desaparecidos, tres mil falsos positivos de nuestro ejército, nuestra marca de honor ante el mundo, el ejército de Colombia; muchachos raptados en los barrios de Medellín y de Bogotá, llevados a las montañas, asesinados y presentados como terroristas muertos en combate; secuestros de doce años, mucho más espantosos que los de los campos de concentración, minas antipersona matando campesinos, etc. Nosotros veíamos las masacres en la televisión y los curas seguíamos dando misa, los profesores seguían dando clases en las universidades, los comerciantes seguían vendiendo sus cachivaches, los empresarios haciendo plata, era Colombia la que estaba sufriendo eso. A mí lo que más me impresionó tanto en la masacre de Barrancabermeja como en la masacre de San Pablo —yo lo viví porque fueron las parroquias de nosotros los Jesuitas del Magdalena Medio—, fue la absoluta soledad que tuvimos en los sepelios; ¿ustedes creen que llegó gente de Medellín o de Cali o de Bucaramanga que queda ahí al lado?, a decir: «Son colombianos, estamos con ustedes, su dolor es nuestro dolor.», nada. Miren, hace tres meses hubo esa masacre en Manchester, Inglaterra, allí murieron once personas y al día siguiente —yo prendí la BBC de Londres porque me gusta saber qué está pasando en otras partes —, estaba el locutor diciendo: «En este momento Inglaterra está detenida, todos los carros en las calles se detuvieron, las clases, los negocios, las emisoras todas están poniendo únicamente música clásica, lo único que se oye son las campanas de las iglesias, de las diversas confesiones.

Estamos diciendo que esas once personas somos nosotros y que esto no puede volver a pasar en Inglaterra.»; nunca pasó eso en Colombia, lo que pone en evidencia la falta de nuestra dignidad humana, ¿dónde estaba?, ¿qué somos nosotros como colombianos?, ¿quién es para nosotros la gente del Chocó que fue tan golpeada,

o la gente de Nariño, o en los últimos muertos que ha habido?, ¿se conmueve Colombia por eso?, ¿se paran las universidades?, ¿ocurre algo en los empresarios?, ¿hacen algo las iglesias?, estas son preguntas muy complejas porque cuestionan hasta dónde nosotros tenemos un sentido del valor de sí mismos y que constituimos un nosotros juntos. Ese es el problema, la dignidad, las víctimas nos enseñaron qué es la dignidad, a mí me lo enseñaron en el Magdalena Medio, la gente del Valle del Río Cimitarra, entre otras; los que no se fueron cuando los atacaron paramilitares y militares, cuando los atacó la guerrilla allí y en otras partes del Magdalena Medio, cuando les habían matado a sus seres más queridos y les habían quitado las fincas, «Aquí nos quedamos y vamos a seguir aquí porque si no, nuestra vida no vale la pena.», se pararon frente a todas las cosas porque tenían un gran sentido de lo que valen como seres humanos.

Es el principio de la carta de los derechos humanos en 1948 en París, cuando no se podían poner de acuerdo de cómo o en qué principio basar una ética pública para el mundo, después de sesenta millones de civiles muertos en una guerra mundial, hasta que Jacques Maritain puso aquella frase que los unió a todos y decía así: «Todos los seres humanos tienen igual dignidad, no importa si son negros, blancos, pobres o ricos, todos siempre tienen igual dignidad.», la humanidad se agarró de ahí, pero no lo tenemos en Colombia. Lo insisto mucho porque siento que, viviendo en El Salado, a la gente de allí no la consideran igual a la gente de El Poblado en Medellín, de ninguna manera; no consideramos iguales a los indígenas colombianos y esta es la dignidad, lo más sagrado que nosotros tenemos, lo único absoluto que tenemos porque no se la debemos a nadie, ni a Santos, ni a Uribe, ni a las FARC, ni al ejército, ni a las religiones, ni se la debemos a la universidad; usted no acrecienta su dignidad por un título universitario, ni por ser doctor, ni por ser rector, simplemente la tenemos por ser seres humanos. Es por esto que estoy convencido que para poder hacer una ética pública que valga para todos, independientemente de si usted es católico, cristiano o ateo tenemos es que partir de la dignidad, solo así podremos poner en juego estos valores. Para ir finalizando termino con valores como la vida, la verdad, el perdón, etc., ¿qué quiero decir?, cuando uno entiende la moral y tiene un eje crítico en la dignidad humana, los valores son siempre apuestas gratuitas por las que uno se juega la vida, si no es así, la sociedad no puede prevalecer; uno no puede aceptar plata por decir la verdad porque entonces la verdad deja de ser un valor y se convierte en una operación de mercado, uno no puede aceptar nada a cambio de luchar por la justicia, uno entrega la vida por la justicia y lo mismo nos pasa por la paz; la paz funciona si se le toma como un valor, es la posibilidad de convivencia en justicia de todos nosotros, si se la juega así es posible la

paz, pero esa es la paz gratis porque desde el momento que usted espera que le den por la paz o por luchar contra la paz, votos, dinero, poder o un premio, ya usted no está luchando por la paz como valor.

Si nosotros dejamos que la paz la manejen los políticos, la paz se nos acaba, repito, porque los valores morales son gratis, por eso se da la vida, en cambio, en la política no hay nada gratis, porque todo lo que usted gana yo lo pierdo, entonces no le puedo dejar ganar nada. Lo mismo pasa con el perdón, pero creo que aquí ya hubo una buena elaboración sobre el tema y por eso no voy a profundizarlo. Terminé diciéndoles un poco lo que he estado tratando de reflexionar con ustedes. Qué buena toda esta fuerza que nos da la salud pública porque nos enfrenta a los problemas estructurales, hace saltar el dominio de la salud al campo más serio de los grandes problemas que tenemos que enfrentar en el país. También hice una referencia a la inequidad porque es grandísima en el país; además, me parece que es central en la salud pública, pero quise venirme a lo que nos ocurrió en La Habana, donde comprendimos que el problema estructural más profundo éramos nosotros mismos y eso teníamos que enfrentarlo con decisión; fíjense que por eso se olvidó todo el mundo de los mil asuntos que estaban en el refrigerador en La Habana, primero nosotros. Se logró una reconciliación allí, pero no la hemos conseguido en la sociedad porque estamos atrapados en este trauma social y cultural, por eso es muy importante que lo veamos con lucidez, que no nos pongamos más bravos entre nosotros; miremos cómo estamos de cogidos en la trampa y seamos capaces de emerger de allí, por eso los invitaba a acercarse al arte, a la trascendencia, a la belleza de este país, pero, sobre todo, a una conciencia muy grande; pongámonos al lado del dolor del ser humano en Colombia y comprendamos entonces lo que es nuestra dignidad oscurecida. Saltemos a recuperar nuestra dignidad y a poner en juego los valores que nos hacen a nosotros crecer como seres humanos, esos que nos invitan a controlar y evitar las cosas que nos destruyen. Perdónenme lo largo y muchas gracias.

El autor declara su contribución al trabajo

No se contó con financiación

No existen conflictos de intereses.

El autor declara que es responsable por los puntos de vista expresados y no de las instituciones en las que trabaja

Referencias

- 1 Danny Dorling. *The Equality Effect: Improving life for everyone*. Cornwall, UK: New Internationalist Publications Ltd; 2017.
- 2 Thomas Piketty. *El capital en el siglo XXI*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica; 2014.
- 3 Grupo de Memoria Histórica. *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional; 2013



Esta obra se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
Más información: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>
